

demás, lo que le dió grande influjo en los negocios de la Grecia. Porque los que tenían que negociar con los otros reyes, no tanto se maravillaban de su riqueza y su lujo, como se incomodaban con su altanería y su orgullo, recibiendo con gravedad y aspereza á los que á ellos acudían. Mas los que se presentaban á Cleómenes, que en realidad era y se llamaba Rey, al ver que no tenía para el servicio de su persona ni púrpura, ni preciosas ropas, ni ricos escaños, ni muebles, y que para conseguir su audiencia no había que vencer dificultades, ni el obstáculo de muchedumbre de pages, de porteros y secretarios, sino que él mismo salía en persona á que le saludasen, vestido como cualquiera particular, hablando á los que tenían negocios y entreteniéndose con ellos festiva y humanamente, todos le aplaudían y amaban, diciendo que él solo era verdadero descendiente de Hércules. Para su cena cotidiana no había mas de tres escaños, y era muy parca y muy espartana; pero si convidaba á embajadores, ó tenía huéspedes, entonces se ponían otros dos escaños, y los sirvientes usaban para las mesas de algun aparato; no tampoco en exquisitos guisados, ni en pastas, sino en cuidar de que los manjares estuviesen mas abundantes, y el vino fuese de mejor calidad: así es que afeó á un amigo, el que habiendo dado de comer á unos huéspedes, les hubiese puesto el caldo negro, y la torta de que en sus banquetes cívicos usaban: porque decía que se había de cuidar de no ser con los huéspedes tan rigurosamente Espartanos. Levantada la mesa se traía un tripode, en que había un lebrillo de bronce lleno de vino, dos ampollas de plata de cavida de dos cotilas¹ y algunos vasos de

¹ La cotila griega se dijo en la vida de Nicías que era un poquito menos de medio cuartillo de la medida castellana.

plata en muy corto número; con lo que bebía el que quería; y al que lo repugnaba no se le alargaba el vaso. No había música ni hacia falta: porque él mismo alegraba aquel rato con su conversacion, ya haciendo preguntas, ó ya refiriendo acaecimientos, sin que en sus discursos se notase una solicitud desagradable, sino mas bien cierta festividad graciosa y urbana. Porque el modo con que los otros reyes cazaban á los hombres, cebándolos y corrompiéndolos con dinero y con dádivas, creía que sobre ser injusto era mal entendido; y al reves el atraerlos y ganarlos con pláticas y discursos sencillos y graciosos le parecía lo mas honesto y lo mas digno de un Rey: porque en nada se diferencia el jornalero del amigo, sino en que este se adquiere con la conducta y el trato, y el otro por dinero.

Fueron pues los Mantinecones los primeros que acudieron á él; é introduciéndose de noche en la ciudad, arrojaron la guarnicion de los Aqueos, y se entregaron á los Lacedemonios. Restituyóles sus leyes y Gobierno, y en el mismo dia marchó para Tegea. Poco despues, regresando por la Arcadia, bajó contra Feras de la Acaya, con intento ó de dar una batalla á los Aqueos, ó de excitar sospechas contra Arato, como que voluntariamente se retiraba y le abandonaba el pais; pues aunque entonces era general Hiperbatas, toda la autoridad y el poder de los Aqueos residia en Arato. Saliendo pues los Aqueos con todas sus fuerzas, y sentando su campo en Dumias, junto al sitio llamado Hecatombeon, acudió Cleómenes, y parece que hizo una cosa temeraria en ir á ponerse en medio entre la ciudad de Dumias, que era enemiga, y el campamento de los Aqueos; pero provocando con la mayor osadía á estos, los obligó á acometer; y viniéndolos en batalla campal, destrozó su infantería, con muerte de muchos en el combate, y haciéndoles además gran número de prisioneros. Cayó des-

pues sobre Lancon, y echando fuera á los Aqueos que estaban de guarnicion, restituyó la ciudad á los Eleos.

Quebrantados así los Aqueos, Arato, acostumbrado á ser siempre general un año sin otro, renunció y se escusó de esta carga, no obstante que le instaron y rogaron: cosa no bien hecha, en tan gran tormenta de los negocios públicos poner en otras manos el timon, y abandonar el mando. Por lo que hace á Cleomenes, al principio pareció que tenia bastante consideracion á los embajadores de los Aqueos; pero enviando otros por su parte, propuso que habia de dárselle la primacia, y que en lo demas no altercaria con ellos, y aun les restituiria el territorio ocupado y los cautivos. Convinieron los Aqueos en hacer la paz aun con estas condiciones, y propusieron á Cleomenes que pasara á Lerna, donde habian de celebrar junta; pero sucedió que habiendo hecho Cleomenes una marcha rápida, y bebido agua á deshora, arrojó cantidad de sangre, y perdió enteramente la voz; por lo cual envió á los Aqueos los mas principales de los cautivos, y suspendiendo la junta se retiró á Esparta.

Perjudicó mucho este accidente á los negocios de la Grecia, que hubiera podido reponerse de los males presentes, y librarse de los insultos y codicia de los Macedonios; pero Arato, ó por desconfianza y temor de Cleomenes, ó quizá por envidia á su no esperada prosperidad, dándose á entender que habiendo él hombreado por treinta y tres años seria cosa terrible que se apareciese de pronto un jóven á arrebatarle su gloria y su poder, y á ponerse al frente de unos negocios que por él habian recibido aumento, y que él habia conducido y manejado por tan largo tiempo, en primer lugar tentó que los Aqueos se opusieran á lo que ya estaba acordado, y lo estorbaran. Despues cuando vió que no le escuchaban

por hallarse sobrecogidos de la intrepidez de Cleomenes, y aun por parecerles justos los conatos de los Lacedemonios de restituir el Peloponeso á su esplendor antiguo, convirtió su ánimo á otro proyecto, del que no podia resultar utilidad alguna á ninguno de los Griegos, y que era ademas vergonzoso para él, é indigno de sus anteriores hazañas y de las miras con que se habia conducido en el gobierno; y fue el de atraer á Antígono sobre la Grecia; é inundar el Peloponeso de aquellos mismos Macedonios que siendo mozo habia arrojado de él, poniendo en libertad la ciudadela de Corinto; á lo que se agregaba que habiéndose hecho sospechoso á todos los reyes, y declarádose su enemigo, de Antígono habia dicho dos mil males en los comentarios que nos dejó escritos. Pues con ser esto así, y con decir él mismo que habia padecido y trabajado mucho por los Atenienses para ver libre aquella ciudad de la guarnicion de los Macedonios, despues á estos mismos los introdujo armados en la patria y en su propia casa hasta los últimos rincones; al propio tiempo que se desdénaba de que un descendiente de Hércules y Rey de los Esparciatas, que como quien templa instrumentos desafinados restablecia el patrio gobierno, restituyéndolo á la sabia ley de Licurgo y al templado método de vida de los Dorios, tomara el título de General de los Sicionios y Triteos. Huyendo pues de la torta y de la capa, y de lo que acusaba como mas duro en Cleomenes, que era la reduccion de la riqueza y el destierro de la miseria, se postraba á sí mismo, y postraba la Acaya ante la diadema, la púrpura y los preceptos despóticos de Macedonios y de Sátrapas, por no estar á las órdenes de Cleomenes, haciendo sacrificios por la salud de Antígono, y entonando con corona en la cabeza himnos en honor de un hombre lleno de corrupcion y pestilencia. No es nuestro ánimo al referir estas cosas acusar á Ara-

to, porque en general fue un varon digno de la Grecia y de los mas illustres de ella, sino tomar de aqui ocasion para compadecer la miseria de la naturaleza humana, que aun en indoles tan dignas de alabanza, y tan inclinadas á toda virtud, no puede producirse un bien perfecto, y que no esté sujeto á alguna reprehension.

Acudiendo los Aqueos á Argos otra vez con el objeto de la junta, y bajando de Tegea Cleomenes, tenian todos grande esperanza de que se verificaria la paz; pero Arato que en los puntos mas capitales estaba ya convenido con Antígono, temiendo que Cleomenes lo llevara todo á cabo, reunió al pueblo, y aun se puede decir que lo violentó, y queria que tomando Cleomenes trescientos rehenes se presentara solo en la junta, ó que conferenciaran fuera junto al Gimnasio llamado Cilarabis, pudiendo entonces venir con tropas. Al oirlo Cleomenes se quejó de que se le hacia injusticia, pues que debian habérselo dicho desde el principio, y no desconfiar entonces, y hacerle retroceder cuando ya habia llegado á sus puertas; y habiendo escrito sobre este incidente una carta á los Aqueos, que era en la mayor parte una acusacion de Arato, y llenádole á su vez Arato de improperios ante la muchedumbre, se retiró al punto con su ejército, y al mismo tiempo envió á los Aqueos un heraldo denunciándoles la guerra (no á Argos, sino á Egio como dice Arato), para no dar lugar á que pudieran prevenirse. Grande fue entonces la turbacion de los Aqueos, inclinándose las ciudades á la rebelion; de parte de la plebe, porque esperaba el repartimiento de tierras y la abolicion de las deudas, y de parte de los principales, porque les era molesto Arato, y aun algunos habian concebido ira contra él porque les traia los Macedonios al Peloponeso. Alentado por tanto con estos sucesos Cleomenes invadió la Acaya; y en primer lugar tomó

á Pelene, cayendo sobre ella de improviso, y echó de alli á los que la guarnecian juntamente con los Aqueos. En seguida atrajo á su partido á Feneo y Penteleo; y como los Aqueos por temor de que se hubiera fraguado alguna traicion en Corinto y Sicion hubiesen enviado la caballería y las tropas auxiliares desde Argos para custodia de estas plazas, mientras ellos bajaban á Argos á celebrar los juegos Nemeos, esperando Cleomenes lo que era en realidad, que llena la poblacion de los concurrentes á la fiesta y de espectadores, si iba allá de sorpresa seria mayor la turbacion, condujo de noche su ejército hasta el pie de las murallas; y tomando el punto inmediato al *Escudo* que dominaba el teatro, lugar agrio y poco accesible, los sobrecogió de tal manera que nadie se movió á la defensa, sino que admitieron guarnicion, le entregaron veinte ciudadanos en rehenes, y se hicieron aliados de los Lacedemonios para militar á las órdenes de Cleomenes.

Resultóle de aqui no pequeña gloria y poder, porque los antiguos reyes de los Lacedemonios por mas que habian hecho, nunca habian podido conseguir que Argos se uniera firmemente á Esparta; y Pirro, el mas hábil de todos los Generales, aunque llegó á entrarla por fuerza no sujetó la ciudad, sino que murió en la empresa con pérdida de gran parte de sus tropas. Era pues admirada la actividad y prudencia de Cleomenes; y si antes cuando decia que habia imitado á Solon y á Licurgo en la abolicion de las deudas y en la igualacion de las haciendas se le echaban á reir, entonces del todo se convencieron de que él era la causa de la mudanza que se veia en los Esparciatas. Porque antes habia sido tal su decadencia, y tan imposibilitados estaban de valerse, que habiendo hecho los de Etolia una irrupcion en lo Laconia, se les llevaron cincuenta mil esclavos; con alusion á lo cual se cuenta haber dicho un an-

ciano de los Esparciatas, que les habian servido de auxilio los enemigos aliviando á la Laconia; y ahora con solo haber pasado un poco de tiempo, en el que no habian hecho mas que empezar á resucitar las costumbres patrias, y á restablecer un vestigio de su educacion antigua, habian ya dado á Licurgo, como si estuviera presente y los gobernase, grandes muestras de valor y obediencia, restituyendo á Lacedemonia el imperio de la Grecia, y volviendo á recobrar el Peloponeso.

Formada Argos, se unieron á Cleomenes inmediatamente Cleonas y Fliunte; y hallándose por suerte á este tiempo Arato en Corinto ocupado en la averiguacion de los que se decia laconizaban, ó eran partidarios de los Lacedemonios, le llegó la noticia de estos sucesos, la que le causó gran sorpresa; y teniendo observado que la ciudad se inclinaba á Cleomenes, como por otra parte los Aqueos quisiesen tambien retirarse, convocó sí á junta á los ciudadanos; pero escabulléndose, sin que lo entendiesen, marchó á la puerta, y montando allí en un caballo que le trajeron, huyó á Sicione. Apresuráronse los Corintios á marchar á Argos para unirse á Cleomenes, tanto que dice Arato haberse rebentado todos los caballos; y que Cleomenes les hizo cargo de no haberle detenido, y haberle dejado escapar; mas que con todo fue en su busca Megistono de parte del mismo Cleomenes á que le entregara el Acrocorinto, porque habia en él guarnicion de Aqueos, haciéndole sobre ello instancias, y ofreciéndole gran suma de dinero; á lo que le habia respondido que no era dueño de los negocios, sino los negocios de él: así lo dejó escrito Arato. Cleomenes salió de Argos, y agregando á su partido á los de Trecene, Epidauró y Hermione, pasó á Corinto, donde tuvo que circunvalar el alcázar, por no querer los Aqueos desampararle. Al mismo tiempo envió á llamar á los

amigos y apoderados de Arato, y les dió orden para que se entregaran de su casa y su hacienda, y las tuvieran en buena custodia y administracion. Mandó asimismo en busca de este á Tritumalo de Mesena, para hacerle la proposicion de que el Acrocorinto fuese guardado á un tiempo por Aqueos y Lacedemonios, y la particular oferta de una pension doble de la que recibia del Rey Tolomeo. Mas como Arato se hubiese negado, y hubiese enviado á su hijo con otros rehenes á Antígono, haciendo decretar á los Aqueos que á este seria á quien se entregase el Acrocorinto, en consecuencia Cleomenes invadió la Sicionia y la taló, y recibió en Dacliva la hacienda de Arato en virtud de decreto de los Corintios.

Pasó en esto Antígono la Gerania con grandes fuerzas, y le pareció á Cleomenes que no debia circunvalar y guardar el Istmo, sino los montes Onias, y quebrantar mas bien á los Macedonios con una guerra de puestos, que no venir á las manos en ordenada batalla; y haciéndolo como lo habia pensado, puso en grande apuro á Antígono; porque ni habia hecho suficiente acopio de viveres, ni era fácil forzar el paso situado allí Cleomenes. Intentó rodear de noche el Lequeo, y fue rechazado con pérdida de alguna gente; con lo que se alentó extraordinariamente Cleomenes, y sus tropas, engreídas con la victoria, se fueron tranquilas á preparar la cena: como por el contrario decayó de ánimo Antígono, reducido á no tomar sino partidos desesperados en semejante conflicto. Así pensó en ir á tomar la cresta del Hereo, y desde allí pasar en barcos las tropas á Sicione; pero esto era obra de mucho tiempo y de no comunes preparativos; pero ya á la caída de la tarde vinieron de Argos por mar unos amigos de Arato, enviados por este á llamarle, con motivo de que los Argivos se habian rebelado á Cleomenes. Era

Aristóteles quien habia negociado esta defeccion, no habiéndole sido fácil persuadir á la muchedumbre, irritada de que Cleomenes no habia hecho la abolicion de deudas con que ella se habia lisonjeado. Tomando pues Arato mil y quinientos soldados de los de Antígono, los condujo por mar á Epidamo; pero Aristóteles ni siquiera lo esperó, sino que poniéndose al frente de los ciudadanos, acometió á los que guardaban la ciudadela, y al mismo tiempo acudió en su auxilio Timoxeno, que con tropas de los Aqueos vino desde Sicione.

Llegaron estas nuevas á Cleomenes á la segunda vigilia de la noche; y haciendo llamar á Megistono le mandó con enfado que fuese al punto á dar sorcorro contra los de Argos, porque él habia sido la principal causa de que Cleomenes se hubiera fiado demasiado de los Argivos, y quien le estorbó que no desterrase á los sospechosos. Enviando pues á Megistono con dos mil hombres, él se quedó en observacion de Antígono, y tranquilizó á los Corintios, diciéndoles que no habia sido cosa lo de Argos, sino un alboroto suscitado por unos cuantos. Mas sucedió que Megistono llegado á Argos murió en el combate, y los de la guarnicion se sostenian con gran dificultad enviando continuos partes á Cleomenes. Temiendo pues no fuera que los enemigos se apoderaran de Argos, y tomándole los pasos talaran á su placer la Laconia, y sitiarian á Esparta que habia quedado sin gente, sacó al punto su ejército de Corinto, ciudad que perdió bien pronto, entrando en ella Antígono y poniendo guarnicion. Cayó sobre Argos con ánimo de escalar la muralla, para lo que reunió su ejército que estaba en marcha; y habiéndose abierto paso por las bóvedas del *Escudo*, subió y se incorporó con los de la guarnicion, que todavía resistian á los Aqueos. Arrimando despues las escalas tomó algunos puntos de la ciudad, y desembarazó

las calles de enemigos, habiendo dado orden á los Cretenses de que usaran de las ballestas. Mas habiendo visto que Antígono bajaba desde las cumbres á la llanura con la infantería, y que ya los caballos corrían apresuradamente hácia la ciudad, desconfió de reducirla; y juntando toda su gente, bajó con entera seguridad, y se retiró resguardado de la muralla; y habiendo venido á cabo de grandes empresas en muy breve tiempo, y estando en muy poco el que en una vuelta como quien dice no se hubiera hecho dueño de todo el Peloponeso, tambien en un momento se le fue todo de las manos; porque de los aliados unos le abandonaron desde luego, y otros hicieron despues entrega de sus ciudades á Antígono.

Cuando tan mal le sucedian las cosas de la guerra é iba en retirada con su ejército, ya tarde, cerca de Tegea, llegaron mensageros de Lacedemonia trayéndole nuevas de una desventura en nada inferior á las que le aquejaban, y era la de la muerte de su muger, por sola la cual se mostraba poco sufrido aun en medio de sus prosperidades; pues que bajaba con frecuencia á Esparta, enamorado siempre de Agiatides, y teniéndola en el mayor aprecio y estimacion. Sorprendióse pues, y sintió el mas vivo dolor, como era preciso en un joven que perdía una muger bella y virtuosa; y sin embargo no hizo en medio de tanto pesar nada que desdijese de su grandeza de alma, ó que pusiera mengua en ella; sino que conservando la misma voz, el mismo continente, y el mismo semblante con que siempre se mostraba, atendió á dar las órdenes á los caudillos, y á proveer á la seguridad de los Tegeatas. A la mañana muy temprano bajó á Lacedemonia; y habiendo en casa desahogado el llanto con la madre y los hijos, inmediatamente volvió á entregarse al despacho de los negocios; y como Tolomeo, Rey de Egipto, para ofrecerle socorros exigiese que le diera en rehe-

nes á los hijos y á la madre, estuvo largo tiempo sin atreverse á decirselo á esta; y entrando muchas veces con este intento, en el acto mismo de ir á hablar enmudecía; tanto que ella misma llegó á concebir alguna sospecha, y preguntó á sus amigos: ¿qué era en lo que se detenía cuando la visitaba? Por fin, habiéndose determinado Cleomenes á manifestárselo, se echó á reír diciéndole: ¿y esto era lo que tenías que proponerme y que tanto miedo te costaba? ¿por qué pues no te das prisa á poner en un barco este mi cuerpo, y á enviarlo donde pueda ser útil á Esparta, antes que con la vejez se destruya aquí sentado sin ser de provecho para nada? Cuando todo estaba dispuesto fueron á pie á Tenaro, y los acompañó el ejército con armas; y al ir Crutesidea á embarcarse, llevó á Cleomenes solo al templo de Neptuno; y habiéndole abrazado y saludado tiernamente, como le viese apesadumbrado y afligido, «ea, le dijo, ó Rey de los Lacedemonios, cuando salgamos á fuera es menester que nadie advierta que hemos llorado, y que no hagamos nada que sea indigno de Esparta; porque esto solo está en nuestro poder; y las cosas de fortuna saldrán como Dios quisiere.» Dicho esto compuso su semblante, y subió á la nave llevando al niño consigo, y al punto dió orden al Comandante para que levase áncoras. Llegada á Egipto, entendió que Tolomeo andaba en tratos con Antígono, y recibía sus mensajes, y que Cleomenes, haciéndole los Aqueos proposiciones de paz, temía por ella terminar la guerra sin la concurrencia de Tolomeo; por lo que le escribió, que hiciera lo que fuera útil y decoroso á Esparta, y no estuviera temiendo siempre á Tolomeo por una vieja y un niño. ¡Tan magnánima se dice haber sido esta muger para los casos de fortuna!

Tomó Antígono á Tegea, y saqueó á Mantinea y Orcomene; con lo que estrechado Cleomenes á la

Laconia, dió la libertad á aquellos hilotes que pudieron pagar cinco minas Aticas; recogiendo por este medio quinientos talentos; y habiendo armado á dos mil á la Macedonia para oponerlos á los Leucaspidas de Antígono, concibió un proyecto atrevido é inesperado de todos. Megalopolis era ya entonces por sí sola no menor ni menos poderosa que Lacedemonia, y tenía además el auxilio de los Aqueos y el de Antígono, que cubría sus costados, llamado al parecer por los Aqueos, á solicitud principalmente de los Megalopolitanos. Pensando pues en saquear la Cleomenes (acción á la que en lo pronta é inesperada ninguna puede compararse), dió orden á los soldados de que tomaran víveres para cinco días, y marchó con su ejército la vía de Selasia, como quien iba á talar la Argolida; pero de allí bajó al territorio de los Megalopolitanos, y habiendo comido los ranchos junto á Zecio, repentinamente se encaminó por Helisunte á la ciudad misma. Cuando ya estaba á corta distancia, envió á Panteo con dos cohortes de Lacedemonios á apoderarse del lienzo de muralla entre las torres, que sabía era el puesto que tenían menos guardado los Megalopolitanos, y él seguía á paso lento con las demás tropas; pero habiendo encontrado Panteo descuidados no solo aquel punto, sino otros muchos de la misma muralla, unos los tomó al golpe, en otros abrió brecha, y de la guarnición dió muerte á cuantos se presentaron; con lo que se apresuró Cleomenes á reunirsele; y antes que los Megalopolitanos pudieran apercibirse, ya estaba dentro de la ciudad con todas sus fuerzas.

No bien había corrido la voz de esta sorpresa por la ciudad, cuando unos se salieron de ella, llevándose lo que pudieron recoger, y otros acudieron con armas, y oponiéndose y resistiendo á los enemigos, si no pudieron rechazarlos, á lo menos proporcionaron seguridad á los ciudadanos que huían; de mane-

ra que no quedaron arriba de mil personas, habiéndose apresurado todos los demás á refugiarse á Mesena con sus hijos y sus mugeres. Salvóse tambien gran número de los que habian acudido al auxilio y habian tomado parte en el combate, siendo muy pocos los prisioneros que se hicieron; mas fueron de este corto número Lisandridas y Tearidas, varones muy ilustres y los de mayor autoridad entre los Megalopolitanos; y por lo mismo los soldados que los apresaron los llevaron á presentar á Cleomenes. Lisandridas luego que le vió de lejos le dijo en alta voz: en tu mano está, ó Rey de los Lacedemonios, ejecutar una hazaña mas señalada y regia que la que acabas de hacer, y con la que adquieras todavía mas gloria; y Cleomenes sospechando que era lo que queria indicar: qué es lo que dices Lisandridas, le replicó; ¿quieres proponerme que os restituya la ciudad? á lo que contestó Lisandridas: eso mismo es lo que digo, aconsejándote que no arruines una ciudad como esta; sino que la llenes de amigos y aliados fieles y seguros, restituyendo á los Megalopolitanos su patria, y constituyéndote el libertador de un pueblo tan numeroso. Estuvo Cleomenes suspeso por un rato, y luego dijo: difícil es eso de creer; pero con nosotros siempre ha podido mas lo que se encamina á la gloria que al provecho; y dicho esto los envió á Mesena, y un heraldo de su parte para anunciar que restituía su ciudad á los Megalopolitanos, sin mas condicion que la de que fueran sus aliados y amigos, separándose de los Aqueos. Mas sin embargo de haber hecho Cleomenes una proposicion tan benigna y humana, no dejó Filopemen á los Megalopolitanos separarse de la liga de los Aqueos, tomándoles para ello el medio de acusar á Cleomenes de que no trataba de restituir la ciudad, sino de apoderarse de los ciudadanos; é hizo echar á Tearidas y Lisandridas de Mesena. Este es aquel Filopemen que

mas adelante fue el primero de los Aqueos, y adquirió grande gloria y fama entre los Griegos, como en su propia vida lo hemos escrito.

Quando recibió esta noticia Cleomenes, que habia conservado intacta é indemne la ciudad hasta el punto de estar todos seguros de que no se habia tomado la cosa mas mínima, entonces alterado é incomodado del todo, hizo meter á saco todos los bienes; las estatuas y pinturas las envió á Esparta; y arruinando y asolando la mayor y mas señalada parte de la ciudad, movió para la Laconia por temor de Antígono y de los Aqueos. Mas estos nada hicieron, porque se hallaban en Egio reunidos en consejo. Despues cuando subiendo Arato á la tribuna, estuvo largo tiempo haciendo exclamaciones, y poniéndose el manto delante del rostro, sorprendidos todos, le rogaron que hablase, y diciéndoles que Megalopolis habia sido arruinada por Cleomenes, al punto se disolvió la junta, lamentando los Aqueos su súbita y desmedida desventura. Pensó Antígono en ir en su auxilio; pero acudiendo con lentitud las tropas de los cuarteles de invierno, dió orden para que permaneciesen en el pais que ocupaban; y él pasó á Argos llevando consigo escasas fuerzas; por lo que otra segunda sorpresa de Cleomenes pudo parecer una temeridad y locura; pero fue obra de una singular prudencia, como escribe Polibio. Porque sabiendo, dice, que los Macedonios estaban esparcidos por las ciudades, y que Antígono, que invernaba en Argos con sus amigos, solo tenia unos cuantos estipendiarios, invadió la Argolide, echando cuenta con que, ó vencería á Antígono si le movia la vergüenza, ó lo pondria en mal con los Argivos si no se atrevia á combatir, que fue lo que sucedió. Porque talado por él el pais, y trastornado y conmovido todo, los Argivos, que no podian llevarlo en paciencia, corrian al palacio del Rey clamando por que pelease ó cediera el imperio á los que

valian mas que él; pero Antígono, que como General prudente tenia por vergonzoso el exponerse temerariamente sin tener cuenta de su seguridad, y no el que los otros hablaran mal de él, no quiso de ninguna manera salir, sino que se mantuvo en su propósito; y Cleomenes, llegando con su ejército hasta las murallas, los insultó, les hizo todo el mal posible impunemente, y se retiró.

Habiendo oido de allí á poco que Antígono se dirigia otra vez á Tegea, para pasar desde allí á invadir la Laconia, reunió con presteza sus tropas, y adelantándose por otros caminos, al rayar el día se le vió ya en las inmediaciones de Argos, talando el país, para lo que no segaba el trigo como los demas con hoces ó con las espadas; sino que lo tronchaba con unos palos largos hechos en forma de sable; tomando como por juego el destrozar todos los frutos en la misma marcha sin ningun trabajo. Mas como al llegar al gimnasio del Cilarabis quisiesen los soldados pegarle fuego, se lo impidió, manifestándoles que lo ejecutado en Megalopolis mas habia sido un arrebato de cólera que un acto laudable.

Retiróse Antígono por el pronto á Argos, y despues, segun iba ocupando los montes y todas las eminencias, ponía guardias; y Cleomenes, para manifestar que no se le daba nada y le tenia en poco, le envió heraldos á pedirle las llaves del templo de Juno para sacrificar á esta Diosa en su retirada. Habiéndose burlado y mofado de esta manera, y hecho sacrificio á la Diosa al pie del templo, que se hallaba cerrado, condujo su ejército á Fliunte, y de allí, lanzando la guarnicion de Ologunto, bajó por Orcomeno; con lo que no solamente infundió aliento y confianza á sus ciudadanos, sino que con los enemigos mismos se acreditó de General, y se mostró capaz de grandes empresas. Porque habiendo salido con las fuerzas de una ciudad sola, hacer juntamente la

guerra contra el ejército de los Macedonios, contra todos los del Peloponeso y contra todos los tesoros del Rey, y no solo conservar intacta la Laconia, sino talar el territorio de aquellos y tomar ciudades de tanta importancia, esto era ciertamente obra de una pericia y de una virtud nada comunes.

El primero que profirió la máxima de que el dinero era el nervio de todos los negocios parece que para decirlo miró principalmente á los de la guerra; y Demades, mandando en una ocasion los Atenien-ses que se equiparan y tripularan las galeras estando faltos de dinero: antes es, les dijo, el pan que el piloto. Dícese asimismo de Arquidamo el mayor que al principio de la guerra del Peloponeso, dándosele orden de que fijara las contribuciones de los aliados, dijo que la guerra no se mantiene de lo tasado. Porque asi como los atletas muy ejercitados cansan y rinden con el tiempo á los bien dispuestos y á los que solo tienen destreza, de la misma manera Antígono, sosteniendo la guerra con un inmenso poder, fatigaba y cansaba á Cleomenes que apenas podia pagar el prest á los extrangeros, y dar el alimento á los ciudadanos: pues por lo demas el tiempo estaba en favor de Cleomenes por los graves negocios que llamaban á Antígono á su propio país. Porque en su ausencia los bárbaros habian invadido y talado la Macedonia; y entonces descendia á ella un ejército numeroso de los Ilirios; hostigados del cual instaban por su vuelta los Macedonios; y á poco, con que hubieran llegado antes de la batalla aquellas cartas, se habria marchado al punto, despidiéndose y no haciendo cuenta de los Aqueos; pero la que decide, nada mas que con un poquito de los mayores negocios, que es la fortuna, mostró entonces con la mayor evidencia la fuerza y el poder de la ocasion: pues que acabada de dar la batalla de Selasia, y de perder Cleomenes el ejército y la ciudad, en aquel